

Megan Maxwell

Cuéntame esta noche



**Todos los relatos reunidos
en un solo volumen**

 Planeta

Cuéntame esta noche

Megan Maxwell

Índice

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Un sueño real | 7 |
| Llámame bombón | 55 |
| Ella es tu destino | 91 |
| Un café con sal | 203 |
| Diario de una chirli | 291 |
| Alégame la vista | 321 |
| Vaya vaya, cómo has crecido | 427 |
| El despertar | 549 |
| Soy la tigresa | 559 |
| Mi querido diario | 571 |

Érase una vez que se era, en un pueblo llamado Versualegón, una mañana de frío invierno en la que ocurría un acontecimiento especial en casa de los Martínez. En el dormitorio de Cruz y Fernando estaba naciendo un nuevo retoño y todos estaban ansiosos por conocer a la personita que pronto sería un nuevo miembro de la familia.

—¡Una niña, ha sido una preciosa niña! —gritó Amalia, la matrona del pueblo.

Fernando, el padre de la criatura, entró enseguida en la habitación para conocer a su hija y ver a su chica, como llamaba cariñosamente a su mujer, Cruz, y se encontró con una rolliza y preciosa criatura, a la cual decidieron ponerle el nombre de Clara, en memoria de su abuela materna.

Los veranos e inviernos fueron pasando y Clara, aquel precioso bebé, creció hasta convertirse en una bonita joven, alta, de gran cabellera morena y grandes y despiertos ojos.

Una mañana de aquel caluroso verano, cuando Clara regresaba de comprar el pan en la panadería de Chari, se fijó en que una ancianita intentaba subir unos peldaños de escalera bastante altos. No podía, por lo que rápidamente se acercó a ella y le dijo:

—Un momento señora, yo la ayudaré.

Y cogiéndola por el brazo fue aupando a la anciana. Al llegar al final de la escalera, la mujer miró muy agradecida a Clara y pidió sentarse en un banco que había cercano a ellas. El esfuerzo la había agotado. Clara, a quien le encantaba hablar con las personas mayores, pues las consideraba personas sabias por las vivencias que llevaban a sus espaldas, no lo pensó y se sentó con ella a descansar.

—Has sido muy amable, hija —expresó la anciana mirándola a los ojos.

Con una candorosa sonrisa, la joven contestó:

—No ha sido nada. Lo que hice por usted lo hubiera hecho cualquiera.

—Hija, no creas —murmuró la mujer—. No todo el mundo se para a ayudar a una anciana. Hoy en día cada cual va a lo suyo y no se suele mirar alrededor para ver quién necesita que le echen una mano.

Clara sabía que la señora tenía razón, pero, para quitarle importancia a su acto, preguntó:

—¿Es usted del pueblo? Nunca la había visto.

La anciana, temerosa de la reacción de la muchacha, asintió y musitó:

—Llevo en este pueblo y en estas montañas toda mi vida.

—¿En serio? —planteó Clara dudosa—. Nunca la he visto, ¿dónde vive?

—En la montaña del Olvido.

Clara se quedó alucinada. Aquella dulce y arrugada anciana era la mujer a la que todo el pueblo evitaba, ¡la bruja del olvido!

Según contaba la leyenda, todo aquel que se atrevía a cruzar aquella montaña no regresaba más. Y, si lo hacía, sus recuerdos se perdían en aquel lugar.

Clara, levantándose del banco como si le hubieran puesto un petardo en el culo, anunció:

—Me tengo que ir. Mi madre se preocupará si no llego pronto con el pan.

—Lo entiendo, hija..., lo entiendo —susurró la anciana con resignación mientras se levantaba a su vez para proseguir su camino y veía como se alejaba la joven—. Ha sido un placer conversar contigo.

Clara, un poco asustada de haber hablado con la bruja del olvido, caminó rápidamente hacia su casa. Necesitaba contarle a su madre lo ocurrido. Pero cuando llegó, su madre no estaba, aunque sí sus hermanas casadas. Por ello, y soltando el pan en la encimera de la cocina, se volvió hacia ellas y con gesto asustado les dijo:

—¿Sabéis lo que me ha ocurrido?

Sus hermanas, al notarla acelerada, la miraron y preguntaron al unísono:

—¿Qué?

Clara se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa de roble y murmuró:

—Cuando venía de comprar el pan, había una anciana que intentaba subir la escalera de la fuente y no podía. Yo la he ayudado, y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que aquella mujer era ¡la bruja del olvido!

Al escuchar aquello, sus hermanas se hicieron la señal de la cruz y se quedaron mirándola con los ojos muy abiertos sin saber qué decir. Clara, nerviosa y muy atemorizada por aquello, comenzó a pensar que pronto empezaría a perder sus recuerdos. Se había cruzado con la bruja.

Cuando por la tarde llegó su madre y escuchó lo ocurrido, rápidamente le hizo beber un brebaje de hierbas. Según la mujer, aquello evitaría que el hechizo siguiera adelante.

—¡Qué asco, mamá! —susurró la joven sacando la lengua al beber lo que su madre le daba.

Pero esta no quiso escucharla y la apremió:

—Todo, hija. Te lo tienes que beber todo.

Ante la cara de preocupación de su madre, Clara se lo tomó entero, aunque sabía a demonios.

Por la noche, mientras todos cenaban alrededor de la mesa, la muchacha escuchó como su madre le contaba a su padre lo ocurrido. Fernando acababa de llegar de viaje aquel mismo día. Era tratante de ganado y un hombre acostumbrado a moverse por pueblos y oír historias de todo tipo.

—No es para reírse —protestó Cruz mirando a su marido.

—Pero, chica —respondió este en tono burlón—, ¿cómo puedes seguir creyendo en esas historias? Pobre mujer. Con lo anciana que debe de ser y todavía soportando esos absurdos chismes.

—Padre —dijo Juani, una de sus hijas—, ¿tú no crees esas historias?

—No.

—Entonces ¿por qué se comenta eso de aquella señora?

Con mirada cansada y sabia, Fernando observó a sus hijos mientras partía un trozo de pan de la hogaza y contestó:

—La familia de esa pobre anciana siempre fue extraña. Nunca se relacionaron con las gentes del pueblo. Únicamente bajaban aquí un par de veces al año y, claro, eso dio lugar a habladurías como que si

eran brujas las mujeres que allí vivían, o que si el demonio rondaba por aquella casa. Luego se dio la circunstancia de que hace unos treinta años, más o menos, llegó al pueblo un muchacho llamado Joaquín, quien, por cierto, estuvo trabajando con Felipe, el de la tienda de ultramarinos. Era un chaval agradable que cada fin de semana cogía su mochila y a quien le encantaba acampar en la montaña. Algunos del pueblo le comentaron la existencia de aquella familia en las montañas, pero él no creía en esos rumores. Aquel verano, cuando Felipe cerró la tienda, Joaquín en vez de quedarse en el pueblo se marchó a la montaña. Los días pasaron y no bajó. Entonces el alcalde, junto con varios vecinos que se ofrecieron a ayudarlo, lo buscó durante días, pero lo único que se encontró de él fue su mochila.

—Padre, pero ¿qué fue de él? —preguntó Clara con los ojos como platos.

Fernando, divertido por la atención de todos y el gesto desencajado de su hija, la miró y continuó:

—Pasaron tres años. Un día, mientras Josele, el pastor de ovejas hermano del tío Matías, subía a la montaña junto a su rebaño, vio a un hombre andando por la montaña. Y cuál no sería su sorpresa cuando, al acercarse para ver si necesitaba ayuda, reconoció en él a Joaquín, el joven desaparecido en la montaña años atrás.

—Pobrecillo —mencionó Cruz—. No recordaba nada de lo que le había sucedido. Sus recuerdos se detuvieron el día que subió a la montaña. Para él no había pasado el tiempo. Incluso durante los días que estuvo aquí lo único que repetía una y otra vez era la palabra *olvido*.

—Pero, papá —preguntó Clara—, ¿qué tiene que ver esa mujer en toda esta historia?

Cabeceando, Fernando volvió a mirar a su hija y apuntó:

—Tiene que ver lo que algunos quieren. Empezaron las habladurías, porque habían hallado la mochila de aquel hombre cerca de la casa de aquella familia e, hija, ya sabes cómo es la gente: se divagó acerca de que lo habían tenido prisionero, que lo habían embrujado con brebajes y un sinfín de tonterías más que sinceramente a mí me hacen reír.

Cruz, malhumorada por aquello, le dio a su marido un pescozón que a este le provocó de nuevo una sonrisa y Clara volvió a preguntar:

—Y ese hombre, Joaquín, ¿dónde está ahora?

—Desapareció de nuevo —respondió Cruz con los ojos muy abiertos—, y nunca más se volvió a saber de él.

—Y por eso, hija —prosiguió Fernando—, a esa pobre mujer se la llama bruja. Se comentó que un embrujo de ella hizo que aquel hombre regresara a la montaña y nunca más volviera. De ahí el nombre de la montaña del Olvido. Luego empezaron a surgir historias que decían que quien se adentraba en ella olvidaba sus recuerdos; pero, ¿sabes, hija? —cuchicheó acercándose a Clara—, eso son tonterías. Yo mismo, cientos de veces por acortar el camino para retornar a casa, he atajado por la montaña y aquí me tienes: ¡no he perdido ni un solo recuerdo!

Al escuchar aquello, Cruz miró a su marido y con cara de enfado gritó:

—¡Fernando! No lo dirás en serio, ¿verdad?

El hombre, consciente de lo que ella pensaba de aquello, negó con la cabeza. Para él ella seguía siendo la mocita de preciosos ojos que conoció un lejano día llena de barro cuando iba a bailar las jotas de su pueblo. Por lo que, sonriendo, posó su mano sobre la de ella y murmuró:

—Que no, chica..., que no. Lo he dicho para impresionar a la niña. Tranquila, nunca cruzo la montaña.

Más sosegada, Cruz recogió los platos de sopa con la ayuda de sus hijas mayores y, alejándose con ellas, musitó:

—Eso espero, maldito cabezón.

—¡Papá, papá! —susurró Clara—: ¿de verdad has cruzado la montaña?

Fernando, tras cerciorarse de que su mujer estaba entretenida con sus otros hijos, le respondió:

—Cariño, claro que cruzo la montaña. Atajo por ella unos cuarenta kilómetros. Pero recuerda, es un secreto entre tú y yo.

Sin saber si tenía que sonreír o no, Clara asintió. Entre ella y su padre siempre había existido una unión especial y les gustaba tener secretos.

—Vale, papá, es nuestro secreto.

Fernando lo aprobó y cuchicheó:

—De todas formas, no creas todo lo que se cuenta en el pueblo. La mayoría de las historias son cuentos de vieja.

Cruz, al ver a padre e hija sumidos en una conversación, se acercó a ellos y preguntó:

—¿De qué habláis vosotros dos?

Fernando, tras guiñarle un ojo a su hija, respondió:

—De nada, chica... de nada. Solo le decía a Clara que no suba nunca a la montaña.

Tanto los días como las noches pasaron, y aquel incidente se olvidó. Pero en su mente Clara seguía dándole vueltas a aquello que su padre le había aconsejado: «No creas todo lo que se cuenta en el pueblo. La mayoría de las historias son cuentos de vieja».

Sin saber por qué, Clara no podía olvidar los ojos de aquella anciana. Eran tristes y solitarios, pero al mismo tiempo amables y bondadosos. Quizá su padre tuviera razón, pero ¿y si, por el contrario, era su madre quien la tenía, y aquella era una bruja?

Dudaba, dudaba y dudaba. Ese era tal vez el mayor problema que Clara tenía consigo misma, la duda. Siempre daba mil vueltas a qué hacer hasta decidir cómo proceder. Incluso cuando ya había actuado según su deliberada decisión, seguía pensando qué habría pasado si hubiese actuado de otra manera.

Llegó el invierno y con él llegó la Navidad, el turrón, los mantecados y, sobre todo, el buen cordero que su padre llevaba cada año por aquellas fechas. Su madre lo cocinaba con todo su amor y todo el que quisiera acercarse a su mesa estaba invitado.

Durante aquellos meses, Clara había pensado ocasionalmente en aquella anciana. ¿Cómo estaría en la montaña? ¿Tendría frío? ¿Viviría sola?

En Nochevieja, como cada año, su casa se llenó de gente. Sus tíos y primos siempre cenaban esa noche en el acogedor hogar de los Martínez.

La pequeña de sus primas se llamaba Elena, y estaba soltera, como Clara. Siempre se habían entendido bien, aunque quizá gracias a la paciencia de Clara con su prima, quien a veces actuaba de un modo extraño y por eso, desde hacía tiempo, había dejado de confiar en ella. Elena tenía un problema: era tremendamente envidiosa y todo lo que los demás conseguían siempre lo quería para ella. En especial tratándose de Clara. Si a la joven se le ocurría comentar que un muchacho le agradaba, Elena siempre se adelantaba. El problema era que aquella relación de Elena con los chicos era pasajera. En cuanto estaba dos días con ellos, se aburría y los plantaba, dejando a Clara perpleja.

La gran cena de fin de año fue magnífica. Hubo de todo. Comida,

risas, buena compañía y, sobre la una de la madrugada, los más jóvenes decidieron irse a la discoteca del pueblo a bailar, mientras los mayores se quedaban en casa jugando a las cartas, al bingo o al dominó.

Al salir de su casa, a Clara le pareció ver una tenue lucecita en la montaña, pero decidió olvidarse de ello e irse con sus primos y hermanas a bailar. La noche se presentó divertida y todos rieron y bailaron hasta caer agotados.

Cuando llegó el momento de la música lenta, Clara, junto con dos de sus primas, se dirigió hacia la barra para pedir algo de beber. Una vez allí miraba como sus hermanos bailaban con sus parejas cuando de pronto notó la presencia de alguien a su lado en la barra. Al volverse se topó de frente con un muchacho que no había visto nunca y eso atrajo su atención. Sus primas, al ver como aquel chico y su prima se miraban, se dieron un codazo y comenzaron a reír.

—Hola. ¡Feliz año! —saludó aquel sonriente muchacho.

—Feliz año —respondió vergonzosa.

¿Qué ocurría? ¿Por qué la miraba así?

—Hola, ¿cómo estás? —Su prima Elena se interpuso entre ella y aquel.

—Bien gracias, ¿y vosotras? —preguntó el muchacho sin apartar los ojos de Clara. Desde que la había visto, algo en él lo había animado a conocerla. Necesitaba hablar con ella. Saber cómo olía, descubrir su sonrisa.

Roja como un tomate maduro, Clara miró hacia otro lado. ¿Qué le ocurría? No podía apartar la mirada de él. Tenía la sensación de conocerlo, pero era la primera vez en su vida que lo veía.

Con descaro, Elena, dispuesta a bailar con aquel desconocido, dijo:

—Pues aquí estamos. A ver si bailamos un poquito.

El joven, que desde que había entrado en aquella discoteca no había podido apartar los ojos de Clara, dio un paso adelante para atraer de nuevo la atención de la chica y preguntó, sin importarle la mirada de Elena:

—¿Te apetece bailar?

Tragando el nudo de emociones que se le atascó en la garganta, Clara dudó. ¿Qué hacer? Era un desconocido, pero parecía agradable.

—Pues...

El muchacho, sin darle tiempo a pensar, la cogió del brazo y se la

llevó hacia la pista asintiendo con seguridad. No pensaba aceptar un «no».

—Pues claro que bailarás conmigo.

Una vez en la pista, el joven la asió por la cintura y, acercándose, comenzó a moverse al compás de la música. Esa chica le gustaba y quería saber más de ella. Al ver que la joven no decía nada, con la mano le levantó el mentón y preguntó:

—No te habrás enfadado, ¿verdad?

Como respuesta a aquel asalto, ella sonrió, y tras ver que sus primos y hermanos la observaban, susurró:

—No, para nada, yo no me enfado por esto.

—¿Cómo te llamas?

—Laura —mintió ella.

—¿Laura? Pensé que te llamabas Clara.

Sorprendida por aquello, lo miró a sus cristalinos ojos azules y susurró:

—Pero, bueno, ¿y tú cómo sabes eso?

Tras soltar una calurosa risotada, él la miró y dijo:

—He oído a la gente que va contigo llamarte varias veces, y te llamaban Clara.

—Vale... vale... de acuerdo. —Sonrió—. Me llamo Clara.

—Me gusta tu nombre.

—¿Y tú cómo te llamas, listillo? —se burló ella.

—Alberto.

—Bonito nombre —musitó como hechizada, pero, reponiéndose de aquello, preguntó—: No eres de Versualegón, ¿verdad?

—No. Estoy de paso con mi familia. —Y, señalando hacia unos que los saludaban con la mano, dijo—: Aquellos son mi hermana Paula y su marido, y mi hermano José y su novia. Mis padres están en el hotel, durmiendo.

Tras sonreír y saludar con la mano a los desconocidos, Clara volvió a mirar a aquel chico y planteó:

—¿Y qué os ha traído aquí?

—Si te lo digo, ¿prometes no reírte?

—Te lo prometo.

El joven, tras resoplar, la miró y le contó al oído:

—Hemos venido a ver a una curandera. Mi tía nos ha dicho que vive en este pueblo y que es buenísima.

—Sí, hay varias —respondió Clara sin reírse—. ¿Qué os pasa?

Para quitarle importancia a aquello, Alberto, tras aspirar con disimulo el perfume que aquella joven llevaba, continuó:

—Yo no creo en esas cosas. Pero mi madre se empeñó y aquí estamos todos. Venimos para que le mire a mi madre la cadera, pues sufre bastante por ella, y de paso que me mire a mí la rodilla.

—Vaya, siento lo de tu madre. ¿Y a ti qué te pasa en la rodilla?

—¡Eso quisiera saber yo! —respondió sonriendo—. Me duele a veces al andar y, ya que estoy aquí, le doy el gusto a mi madre de que la curandera me la revise.

—Hacéis bien. Tenemos curanderas muy buenas. Ya verás como mejoráis. Por cierto, ¿a qué curandera vais?

—Si te soy sincero, ¡ni idea! Eso es cosa de mi madre. Mi tía Rosa le comentó que un amigo de mi tío vino a ella con enormes dolores de espalda y que ahora se encuentra estupendamente. A ver qué puede hacer con nosotros.

—Pero habéis venido toda la familia, ¿y eso?

Alberto, tras mirar a sus hermanos y ver que se divertían, respondió:

—Al principio íbamos a venir mis padres y yo, pero luego se apuntó mi hermana y mi cuñado, y José y su novia. En definitiva, esto se ha convertido en una excursión familiar. ¿Y tú? Toda esa gente con la que estás, ¿quiénes son?

Clara, volviéndose hacia donde estaban aquellos, susurró:

—Las dos chicas son mis hermanas, Juani y María, con sus maridos. Aquellos que bailan tan acaramelados son mi hermano Vicente y su mujer, y la chica del vestido azul que está allí es mi otra hermana, Lola. Luego están mis primos y mis primas, Azucena y Elena; a esta última ya la has conocido.

El joven, al observar a las chicas que estaban en la barra e identificarlas como sus primas, apuntó mirándola a los ojos:

—Un poco extraña tu prima, la del vestido rojo.

—¿Elena? —Clara rio—. No es mala persona, pero es rara. Siempre he creído que le faltaba un tornillo. —Ambos rieron al comentar aquello.

Mientras se reían, Elena, desde la oscuridad de la discoteca, los observaba y en su rostro había una expresión que no hacía presagiar nada bueno. Era la primera vez que un muchacho prefería la compañía de la sosa de su prima a la de ella, y eso la enfadó mucho.

Clara y Alberto pasaron la noche hablando, ansiando conocerse lo más posible. Algo mágico ocurrió y ambos eran conscientes de ello. Pero el reloj que marca las horas, como decía el bolero, parecía correr a un ritmo frenético con el fin de que aquella noche acabara. Sobre las siete de la mañana, se despidieron. Cada uno debía regresar con los suyos, aunque quedaron en verse al día siguiente en la plaza del pueblo para tomar café.

En el camino, sus hermanas bromearon con ella, diciéndole que tenía corazones alrededor de la cabeza. Aquello hizo sonreír a Clara, pero no a Elena. Cuando llegaron a casa, los mayores ya estaban durmiendo, por lo que cada uno, sigilosamente, se metió en su cama dispuesto a dormir. Estaban cansados.

Acurrucada bajo su edredón, Clara abrazó a su muñeca de la suerte —una muñeca que su padre le había regalado en su quinto cumpleaños— e inconscientemente, al cerrar los ojos, recordó paso a paso aquella magnífica noche. Con una sonrisa en los labios se recreó en Alberto, en el azul intenso de sus ojos, en el color rubio de su pelo, en su sonrisa pícaro... y sin darse cuenta se durmió.

Al día siguiente, durante la comida de año nuevo, todos rieron alrededor de la mesa y contaron las experiencias de la noche anterior. Clara se rio a carcajadas al escuchar que sus hermanos contaban que ella había conocido a un chico ajeno al pueblo y que, al regresar a casa, levitaba. Todos rieron excepto Elena. Aquello no le pasó desapercibido a Fernando.

—¿Quién es ese muchacho? —planteó su madre.

Tras masticar un trozo de cordero sobrante de la noche anterior, Clara contestó:

—Es un chico que ha venido con su familia al pueblo para visitar a una de las curanderas.

—¿A quién? —preguntó el padre observando a Elena.

—No lo sé, papá. Me dijo que eso era cosa de su madre.

—Padre —apostilló Juani—: tendrías que haberla visto, le salían corazones por los ojos.

Clara cogió un trozo de pan y se lo tiró, mientras decía:

—Anda ya, no digáis tonterías. Por cierto, ¿qué hora es?

—Las cinco menos veinte —respondió su padre.

La joven se levantó como un resorte, se retiró el flequillo de la cara y, mintiendo, dijo:

—Voy a vestirme. He quedado con Loli en la plaza para tomar café.

Sin mirar atrás llegó a su habitación, donde se puso unos vaqueros y una camisa blanca. Se recogió su moreno pelo en una coleta alta y, para ver si había conseguido el efecto deseado, antes de irse se miró al espejo y sonrió. Nerviosa, salió de su casa y se encaminó hacia la plaza. Al llegar, buscó a Alberto con la mirada y se alegró al ver que estaba allí.

Pasaron una tarde estupenda juntos. Clara le enseñó los lugares más pintorescos y bonitos de Versualegón y él se limitó a seguirla y a disfrutar de su compañía. Lo llevó al castillo, su sitio preferido, y le contó su historia.

La leyenda decía que allí vivió la princesa Leiza, la idolatrada y hermosa hija del rey Versus y la reina Sorila. Los reyes, tras aquella hija, no pudieron tener más descendencia; por ello, y ante la traumática muerte de un hermano del rey y su mujer, decidieron criar a la hija de estos como si fuera propia. Con el tiempo las dos niñas crecieron hasta convertirse en jóvenes lozanas, pero la belleza de Leiza siempre fue superior a la de Seire, su prima. Y eso a aquella nunca le gustó y se moría de envidia.

En una fiesta celebrada en palacio una Navidad, Leiza conoció a un joven príncipe llamado Caftul y el amor floreció rápidamente entre ellos. Tras una breve relación, previo consentimiento del rey, el príncipe pidió su mano y los reyes aceptaron gustosos. Aquel enlace favorecía a los reinos de Versualegón y Aldemán. Aunque lo que más congratulaba a sus progenitores era el amor loco que se profesaban los jóvenes.

Pero la noche anterior al enlace, Seire, fingiendo gozo y dicha por la boda de Leiza, fue a sus aposentos y le dio a beber una poción mágica, haciéndola creer que aquello era un elixir del amor eterno. Lo que ocurrió fue que la princesa Leiza desapareció y nadie la volvió a ver. Al día siguiente, en el reino no hubo boda real. Durante meses, e incluso años, el rey Versus y la reina Sorila lloraron la extraña desaparición de su querida hija. Con el tiempo la princesa Seire consiguió lo que siempre había querido: casarse con el príncipe Caftul, antiguo prometido de su desaparecida prima. Pero el destino le hizo pagar su maldad y nunca obtuvo el amor de su marido. Fue tremendamente desgraciada e infeliz desde el instante en que se casó. Aquel día algo

murió en el interior de Seire, que vivió sin vida en el reino, hasta que a la tardía edad de ciento tres años murió sola y sin descendencia.

—¿Y tú cómo conoces esta historia con tanto detalle? —preguntó sorprendido Alberto al ver que ella finalizaba.

—Mi padre me la ha contado cientos de veces. A él, su padre, y así generación tras generación.

Sorprendido por aquella triste historia, Alberto miró hacia el derruido castillo y murmuró:

—Oye, ¿qué pasó con Leiza?

Clara, mirando con cariño aquellas ruinas, suspiró y dijo:

—Según cuenta la leyenda, nunca se supo más de su vida. Desapareció.

Volviendo la mirada hacia ella, el joven sonrió.

—Me encantan las leyendas de los castillos. Lo malo es que casi todas hablan de una gran tragedia entre dos personas que se aman.

—Tienes razón —susurró Clara sin saber a dónde mirar. ¿Por qué ese muchacho la ponía tan nerviosa?

Transcurridos unos segundos en los que pareció pasar un ángel, por el mutismo de ambos, Clara, para romper el hielo, preguntó:

—¿Sabes el nombre de la curandera a la que vais a ir?

—Creo recordar que se llama Olvido.

Frotándose la barbilla con la mano, Clara pensó en quién podía ser aquella curandera.

—Olvido... Olvido..., no la conozco, no sé quién es.

El joven, colocándole un mechón rebelde tras la oreja, indicó:

—No te puedo decir más. Solo que se llama Olvido y vive en la montaña.

—¿Qué?! ¿Vive en la montaña?

—Eso me dijo mi madre. Me comentó que tendríamos que subir haciendo senderismo, cosa que nos encanta a todos en mi familia: el campo, la montaña...

—No me lo puedo creer. ¿Vais a ver a una bruja? Se dice que quien sube por esa montaña y se cruza con ella olvida su pasado, sus recuerdos e incluso su historia.

Sorprendido por aquello, Alberto sonrió.

—Anda ya. No digas tonterías.

Pero Clara insistió:

—No subáis, por favor, Alberto... No subáis, es peligroso.

Sin querer creer en lo que ella decía, la cogió de la mano.

—Clara, no digas tonterías, mujer. Si realmente se olvidara todo, ¿cómo crees que mi tía le habría podido decir a mi madre que viniésemos a esta curandera? Venga, olvídate de lo que te he contado —dijo Alberto sonriendo— y sigue enseñándome tu pueblo. Mañana quiero sorprender a mis padres.

Clara continuó mostrándole el pueblo, pero no pudo dejar de pensar en que iban a subir a la montaña. La tarde acabó y la noche llegó, y sobre las diez pasadas se despidieron.

—¿Mañana nos vemos? —preguntó Alberto.

—Me encantaría. ¿A qué hora habréis bajado de la montaña?

—Creo que sobre las dos o tres de la tarde ya estaremos aquí. Pretendemos bajar pronto. Anochece tan rápido que no queremos que nos sorprenda la noche.

—Tened cuidado —insistió ella mirándolo.

Sin cortarse un pelo, la atrajo hacia él y le dijo cerca de su boca:

—Tranquila. Yo nunca falto a una cita, y más sabiendo que quien me espera eres tú.

Una vez que hubo dicho esto, Alberto se acercó a su boca y, con auténtica pasión, la besó. La besó como nunca nadie la había besado y eso la enamoró.

Aquella noche Clara no podía dormir. Salió al patio trasero de su casa, miró la montaña y le habló pidiéndole que cuidara de Alberto y su familia. Poco después en la cocina, mientras bebía agua, apareció su padre y, sin poder callar lo que le traía por la calle de la amargura, se lo contó:

—Es buena esa curandera, hacen bien en ir a ella —afirmó Fernando tras escucharla.

—Pero, papá, ¡tú no me habías dicho que la bruja era curandera!

Al oír aquello, Fernando miró a su hija y, sonriendo, murmuró:

—Creo que no hablamos de la misma persona. La curandera que va a visitar ese amigo tuyo es la nieta de Anastasia y se llama Olvido, que curiosamente se llama como la anciana que viste hace unos meses.

Boquiabierta por aquel descubrimiento, miró a su padre y preguntó:

—Pero... pero... ¿cómo sabes tú el nombre de la bruja?

Su padre, levantándose de su silla, miró a su hija e indicó:

—Clara, acompáñame a dar un paseo.

La joven asintió, por lo que Fernando llamó a su mujer y le dijo:

—Chica... chica... voy a dar una vuelta con Clara, volveremos pronto.

Asomando la cabeza desde la habitación, Cruz respondió:

—Andad con cuidado y no tardéis.

Padre e hija se encaminaron hacia un lugar cercano a la montaña. Aquel sitio se llamaba la fuentecilla verde, y se sentaron en una gigantesca piedra.

—Clara —comenzó su padre—, prométeme que lo que te voy a contar será un secreto entre tú y yo.

—Por supuesto, papá —asintió la muchacha, sorprendida por cómo la miraba él.

Fernando llevaba años guardando aquel secreto y supo que el momento de desvelarlo había llegado. Por tanto, mirando a su hija y asiéndola de las manos, continuó:

—Nunca le he comentado esto a nadie, porque no quiero que piensen que estoy loco. Quizá cuando te lo explique dudarás de mi cordura, pero te aseguro, tesoro, que lo que te voy a contar es cierto. Y por eso te repito: ¿puedo confiar en ti?

—Sí, papá, siempre lo he hecho.

Acomodándose bien en la piedra, Fernando, sin apartar la mirada de la de su hija, inició el relato:

—Desde hace muchos años, incluso siglos, todos en mi familia nos hemos dedicado a ser tratantes de ganado, y hemos vivido en este pueblo. Baltus, un antepasado nuestro, al regresar de uno de sus viajes atravesando la montaña, se encontró a una anciana, perdida y muerta de frío. Intentó hablar con ella, pero aquella pobre mujer solo temblaba y sollozaba de miedo. Aquel día llovía a mares. Baltus intentó llevarla a su casa, pero ella se negó. Por ello, y no queriendo dejarla sola y a la intemperie, la acompañó hasta un refugio que conocía en la montaña. Allí estuvieron una semana. El cielo parecía enfadado y no paraba de derramar lluvia, relámpagos y truenos. En aquel tiempo y poco a poco, Baltus se ganó la confianza de aquella mujer, y ella le explicó que se había perdido en la montaña, pero que no deseaba regresar al pueblo, por unos problemas que en aquel momento se negó a contar.

Tras tomar aire y ver la atención que su hija le prestaba, Fernando continuó:

—Las lluvias cesaron y Baltus le indicó a la anciana que debía regresar a su hogar, pero que si ella no deseaba volver al pueblo, podía quedarse en aquel refugio. Ella aceptó gustosa y Baltus le prometió regresar pasados unos días con víveres para ella. Cuando Baltus volvió a su casa le contó a su mujer lo ocurrido, pero esta no le creyó. Nadie en Versualegón ni en ningún pueblo de alrededor había denunciado la desaparición de una anciana. El hombre, al ver la reacción de su mujer, decidió dar por terminada la conversación y durante años siempre que subía a la montaña llevaba algo para aquella mujer. Con la ayuda de él, construyeron una pequeña casa y un pequeño huerto donde crecieron tomates, lechugas, repollos, judías y garbanzos. Al cabo de un tiempo aquella anciana tuvo su propio corral de animales, con los que pudo subsistir tranquila y sin miedos. Con el paso de los años, Baltus envejeció, pero aquella mujer seguía igual. Ni más joven, ni más vieja. Pero Baltus, con sus achaques de la vejez, tuvo que dejar de viajar, por lo que le contó a su hijo la existencia de aquella extraña mujer y le enseñó cómo llegar hasta ella. Así, generación tras generación, de padres a hijos, se ha ido pasando ese extraño, excepcional y maravillo secreto.

El gesto de Clara era un auténtico poema. ¿Qué locura decía su padre? Por ello, e intentando no sonreír, dijo:

—A ver, papá, me estás queriendo decir que la anciana que yo conocí es realmente una mujer de casi cuatrocientos años.

—Sí —asintió su padre y, antes de que añadiera algo, prosiguió—: Sé que resulta inexplicable pero, cariño, es cierto. ¿Recuerdas tu muñeca de la suerte?

—Sí.

—Pues esa muñeca me la dio ella para ti.

Boquiabierta, se sobresaltó. Aquella muñeca era su talismán. Siempre que quería algo la abrazaba y la mayor parte de las veces su deseo se cumplía.

—Créeme, hija, Olvido es una buena mujer y me gustaría que la conocieras. Siempre que la visito me pregunta por ti, no por tus hermanos, solo por ti. Cuando voy o regreso de viaje, cada vez paso para charlar con ella, y ¿sabes lo más gracioso? Ella siempre sabe cuándo voy a llegar. Nunca me ha faltado un plato de comida en su mesa y siempre me acoge con una tremenda dulzura y amor. Pero no pienses mal —dijo señalándola con el dedo—, cuando te digo que me acoge

con amor, es con amor de madre. Pero lo más gracioso es que a mi padre le pasaba igual y a mi abuelo también. —Al ver que Clara lo miraba alucinada, la cogió de las manos y añadió—: Sé que todo esto te suena raro. Sé que lo que te cuento es difícil de entender, pero por alguna extraña razón su vida y la de nuestra familia están conectadas. Como te he dicho, esto es un secreto que solo pasa de padre a hijo, y en este caso yo te lo cuento a ti, con la esperanza de que quieras conocerla. Ella lleva esperándote desde hace muchos años.

—¿A mí, por qué?... Yo no quiero ser tratante de ganado.

Fernando, con dulzura, abrazó a su hija y susurró:

—Ya lo sé, cariño. Ni yo quiero que lo seas. Pero él último día que estuve con ella me contó que algo importante iba a ocurrir relacionado contigo y que deseaba conocerte. La verdad —murmuró su padre—, Olvido últimamente me preocupa. La encuentro más cansada de lo normal.

—Y a mamá..., ¿nunca le has explicado nada a ella?

Fernando sonrió y resopló.

—Una vez lo intenté. Pero ella se negó a escuchar lo que estaba contando. Ya sabes cómo es. Por eso te he pedido que esto fuera un secreto entre tú y yo.

—A ver, papá, en toda esta historia existe algo que no entiendo. Si este secreto es algo que pasa de padre a hijo, deberías habérselo contado a Vicente. Él es tu único hijo varón.

—Sí, pero en este caso ella siempre te ha querido a ti. Nunca me pregunta por tu hermano, solo por ti. Incluso esta última vez me manifestó que necesitaba hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—No lo sé, hija. Pero sí te pido que subas conmigo a la montaña sin ningún miedo. Le dije que te lo consultaría y que, dependiendo de lo que tú decidieras, así procederíamos.

La cabeza de Clara comenzó a pensar y sus dudas empezaron a atormentarla. ¿Para qué quería que subiera a la montaña?

—No sé, papá. Yo no tengo nada que hablar con ella.

Fernando asintió y, tras dar un cariñoso beso en la frente a su hija, susurró:

—Tranquila. Piénsalo esta noche y mañana, que tengo intención de subir a la montaña, me contestas. Pero recuerda: solo si tú quieres.